

6)

MATEMA

MATEMA

MATEMA



ACADÉMIA ECUADOR

Imp. de la Universidad

1908



860-1(866) Cordero  
6794k

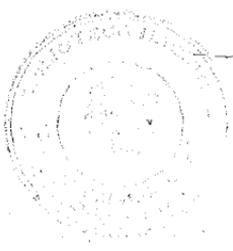
BIBLIOTECA NACIONAL  
R-55-3N  
Tolale. 1  
Quito-Ecuador

# VIDA

# FUTURA

POR

## GONZALO CORDERO DÁVILA



POEMA

BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO - ECUADOR  
COLECCION GENERAL  
NO. 6784 AÑO 1991  
PRECIO DONACION

2074-J.



CUENCA—ECUADOR

Imp. de la Universidad.

1908



---

---

## PROLOGO

---

**P**UES que te empeñas en hacerme prologuista, sea; porque locura sería negarte lo que tan poco vale: un rasgo de mi incipiente pluma, cuando te he dado lo único que tengo digno de estima: mi sincera amistad. Protesto, sí, que estas líneas bien lejos están de ser un prólogo á la moda; sin pretensiones dogmáticas, sin acopio de citas y testimonios, ni obligados paralelos; sencillamente, son fiel expresión de los sentimientos que ha despertado en mi espíritu la lectura de tu Poema, profundamente

te ingenuo, con la ingenuidad que es nota característica de las almas nobles y de los verdaderos poetas.

Para los que, mal que bien, hemos venido al mundo con el don de las aves, el canto y el vuelo, y que nos sentimos extraños en medio de las turbulencias y mezquindades de los presentes tiempos, ¡cuánto nos es dulce encontrar poesía sincera, que responda á la voz del alma, y que venga con las armonías de la Fe y la Esperanza, para acallar, siquiera sea un instante, el infernal concierto de las li ras del siglo, cuyas cuerdas son áspides que lanzan el veneno de la negación y los gritos fatídicos de la blasfemia.

El mundo va de mal en peor. Falseando la verdadera noción de las cosas, el hombre, presa de febriles anhelos, atormentado por la sed tantálica de perniciosas novedades, que engendra el opio de la moderna filosofía, ha saltado la barrera del sentido común, y, creyéndolos cadenas, ha roto los salvadores hilos que, en el difícil laberinto de la vida, orientan y guían á los fatigados espíritus que van de paso por el mundo, y ha echado por tierra instituciones consagradas por la tradición de siglos y la luz de la verdad; y ha hecho leyes de sus odios y venganzas; dioses, de sus pasiones; ciencias, de las audacias del error; moral, de la vil conveniencia de la materia..... Y, como

los bárbaros, de preferencia ha entrado á saco en los templos y derribado á hachazos los ídolos de la humanidad; y del tremendo cataclismo han sido impotentes para salvarse aun la belleza y el ideal. ¡Cuán presto el estandarte de la revolución universal ha flumcado en el pacífico altar de la santa poesía! Y há tiempo que á esa *doncella tierna y de poca edad y en todo extremo hermosa* no se la puede conocer, vestida como está con el abigarrado traje de los juglares y hablando un lenguaje innoble ó enigmático! y, ora lúbrica é incitante como las bayaderas, víctima de los espasmos de la crápula, en acento tabernario, canta los fuegos fatuos de la vida, y expone su virginal, profanada hermosura á la avilantez del vicio, y sus divinas, inmortales flores arroja de pasto á las pjaras de Epicuro! ora, frenética como la pavorosa Erichto, en la sombría caverna de la c'uda, celebra ritos de infernal culto; llena con el licor del mal los vasos sagrados; se embriaga, profana el ara de los sacrificios, dispersa los mármoles del altar, pisotea el libro del místico ceremonial, befa á Dios, desafía al rayo de sus formidables iras, ¡mientras agota los números en himnos al rebelde Lucifer!... Y, así, lo que es más deplorable, se le ha arrebatado su misión salvadora: ya no es el ala de los espíritus, el verbo de la Fe, de la Verdad y del Bien, la egida de

la Libertad, la armonía de lo finito, el bálsamo para todos los dolores.... ¡Ha enmudecido la lengua con que la tierra habla á los cielos! Y, en tanto, la Humanidad decrepita y gastada, se ha resignado con la horfandad del espíritu, y no llora la caída de sus dioses, la procelosa huida de sus grandezas; y, en voluptuoso marasmo, se contenta con mirar en el caleidoscopio del nuevo arte, las estrambóticas imágenes formadas con ramillas de musgos y helechos, brillantes lascas y fragmentos de cristales de colores!....

¡Pluguiese á Dios que del común naufragio salgan incólumes los soberanos genios de mi tierra! que con sus áureas liras opongan infranqueable dique al torrente, que, salvando el Atlante, llega ya y amenaza inundar con sus aguas cenagosas las vírgenes comarcas del Sur de América! ¡Pluguiese á Dios que las cumbres azuayas sean el nuevo Ararat donde, tras la horrenda hecatombe, se pose el Arca santa de la poesía, y parta la bíblica paloma á anunciar á las gentes el advenimiento de los antiguos, grandes ideales!

Hasta hoy, para ventura del Arte, los Poetas azuayos mantienen, con fervoroso celo, vivo el culto de la tradición artística, y beben sus mejores inspiraciones en la clásica Castalia, en cuyas ondas nítidas se reflejan la hermosura de lo ideal y las pompas de lo creado.

Y las arpas de mi tierra no han cantado, ni cantarán jamás, lo absurdo de la vida, la asfixiante aridez del paraíso de la carne, la deificada altivez del polvo, el escarnio de la Fe, la negación de Dios; ni menos irán á estrellarse, lanzadas por el odio sectario, contra el herido pecho del inocente y piadoso Jesús.

No impera aquí la doctrina del *arte por el arte*, porque, si aquí se ama la belleza, se ama más á Dios; y la musa cuencana rehuye recoger flores que no puedan servir de ofrenda en el santuario de la Divinidad.

Aquí—¡gracias sean dadas al Cielo!— odiamos, lo mismo en las costumbres que en el Arte, los indescriptibles refinamientos de la sociedad contemporánea, merced á la sencillez patriarcal de nuestra vida y á la acertada dirección literaria que se recibe de maestros tan sapientes como generosos. Por esto es que entre nosotros no encontraría, quizás, un solo voto favorable la actual bastarda literatura.

Aquí, en fin, no se canta ni se siente conforme á los cánones de la moda parisiense; aquí se proclama la autonomía del numen y se obedece á la *soberanía de la inclinación*. Ni ¿para qué abrazaríamos los flamantes exóticos ideales de las escuelas del siglo, teniendo como tenemos las bellezas de la Fe, las magnificencias de una naturaleza exuberante y la esperanza y e

la Libertad, la armonía de lo finito, el bálsamo para todos los dolores.... ¡Ha enmudecido la lengua con que la tierra habla á los cielos! Y, en tanto, la Humanidad decrepita y gastada, se ha resignado con la horfandad del espíritu, y no llora la caída de sus dioses, la procelosa huida de sus grandezas; y, en voluptuoso marasmo, se contenta con mirar en el caleidoscopio del nuevo arte, las éstrambóticas imágenes formadas con ramillas de musgos y helechos, brillantes lascas y fragmentos de cristales de colores!....

¡Pluguiese á Dios que del común naufragio salgan incólumes los soberanos genios de mi tierra! que con sus áureas lirras opongan infranqueable dique al torrente, que, salvando el Atlante, llega ya y amenaza inundar con sus aguas cenagosas las vírgenes comarcas del Sur de América! ¡Pluguiese á Dios que las cumbres azuayas sean el nuevo Ararat donde, tras la horrenda hecatombe, se pose el Arca santa de la poesía, y parta la bíblica paloma á anunciar á las gentes el advenimiento de los antiguos, grandes ideales!

Hasta hoy, para ventura del Arte, los Poetas azuayos mantienen, con fervoroso celo, vivo el culto de la tradición artística, y beben sus mejores inspiraciones en la clásica Castalia, en cuyas ondas nítidas se reflejan la hermosura de lo ideal y las pompas de lo creado.

Y las arpas de mi tierra no han cantado, ni cantarán jamás, lo absurdo de la vida, la asfixiante aridez del paraíso de la carne, la deificada altivez del polvo, el escarnio de la Fe, la negación de Dios; ni menos irán á estrellarse, lanzadas por el odio sectario, contra el herido pecho del inocente y piadoso Jesús.

No impera aquí la doctrina del *arte por el arte*, porque, si aquí se ama la belleza, se ama más á Dios; y la musa cuencana rehuye recoger flores que no puedan servir de ofrenda en el santuario de la Divinidad.

Aquí—¡gracias sean dadas al Cielo!— odiamos, lo mismo en las costumbres que en el Arte, los indescriptibles refinamientos de la sociedad contemporánea, merced á la sencillez patriarcal de nuestra vida y á la acertada dirección literaria que se recibe de maestros tan sapientes como generosos. Por esto es que entre nosotros no encontraría, quizás, un solo voto favorable la actual bastarda literatura.

Aquí, en fin, no se canta ni se siente conforme á los cánones de la moda parisiense; aquí se proclama la autonomía del numen y se obedece á la *soberanía de la inclinación*. Ni, ¿para qué abrazaríamos los flamantes exóticos ideales de las escuelas del siglo, teniendo como tenemos las bellezas de la Fe, las magnificencias de una naturaleza exuberante y la esperanza y e

amor dignos del espíritu? ¿Ni á qué, tampoco, buscaríamos maestros, teniéndolos en casa? Lo primero sería incalificable locura, y lo segundo, clamorosa ceguedad. También tú piensas así, amigo mío; me lo has manifestado en nuestras fraternales conferencias literarias, y lo compruebas hoy, luminosamente, con el Canto que entregas á los vientos de la publicidad; pues que él lleva el sello' de la luz de la fe de nuestros mayores, y ha sido dictado por una musa vigorosa é ingenua, como las aldeanas de nuestros apacibles valles.

Tu canto, *la flor de tus diez y ocho años*, es armónico concierto formado por las saudades del *paraíso de la vida: la niñez*; los encantos del amor de la familia, en tu solariego Machángara; las poéticas idealidades y dulces optimismos del corazón que se despierta al beso de la luz de la casta, primera pasión, y los sentimientos de oro de una idílica felicidad. Y en él se siente el resbalar de nuestras arrulladoras brisas, el perfume balsámico de nuestros chirimoyos y limoneros, cuajados de pétalos de nieve, y ese algo indefinible que hace adorable la rusticidad de la vida en las florestas azuayas.

Yo he visto nacer y formarse ese Poema: Tus recuerdos, venturas y esperanzas, á modo de pertinaz y solícito enjambre, han ido formando en tu pecho el níveo, artístico panal, que tu musa se encargaba, día

á día, de llenarlo con las mieles de los retamales y tomillós de las vegas del norte, que son para ti lo que fué el Cauca para Isaacs, y donde sueñas entonar los himnos del porvenir, vagando con tu espiritual Adorada por sus campiñas en flor y sus umbrosas alamedas.

¡Feliz mil veces tú! Sientes la plenitud de lo eterno de la pasión, los estímulos de la esperanza íntegra, los impulsos de la Fe vigorizada por la conciencia de la realización del bien de tu vida! Y tus primeras, ardorosas rimas van á tener el poético destino de los azahares.... ¡Feliz mil veces tú!

Llevo vividos tres años más que tú, y, sin embargo, ¡cuánto va de tu suerte á la mía! Lo sabes; no son vanas declamaciones, sino amargas verdades: ¡sentí, amé, canté como tú! ¿y ahora? siento.... ¡el frío de la soledad, la tortura del recuerdo! amo.... ¡las yertas cenizas de mis dioses! y canto.... ¡mis "Insomnios"! ¡Es que he pasado y he vuelto á pasar bajo las horcas caudinas de la desilusión! Mis ideales han sentido el brutal rechazo de la realidad!.... Me han rendido las estériles fatigas de la romántica siega; y de tantos falaces espejismos quédanme sólo la atormentadora sed y el dolor de mortales heridas.... ¿No hago bien en refugiarme á la sombra del olvido?.... Empero, la luz del recuerdo hace amable hasta el dolor, y

á veces, ¡cruel verdad! me abruma la nostalgia de mi tormentoso pasado!....

Hoy, al eco de tus felices rimas, han revivido un instante mis muertas venturas, y he sentido en las sombras de mi alma algo así como un aleteo de palomas agonizantes; y soñé que tenía corazón, que amaba aún, y una inspiradora visión cruzó ante mis absortos ojos: ¡era, quizás, la musa de mis futuros cantos!.... y, cayendo de rodillas ante el llagado Cristo de mi mesa, grité contigo:

¡Tú, que todo lo puedes, hazla mía!

Luego, en alas de amoroso éxtasis, recorrí, con ella, tu casi feudal alquería, consagrada por las oraciones y ternuras de tu santa madre, y ahora entristecida por su eterno adiós y las lágrimas de la horfandad. Y vagámos por sus pampas solitarias, admirando *los paisajes borrosos que se quejan*, de que habla Galán; y nos embriagaron los perfumes de *los setos florecidos*, y escuchámos, inebriados,

En el erial la flauta del boyero,  
en las breñas la endecha del cabrero,  
que en las agrias vertientes de la sierra  
pace la grey traviesa y triscadora,  
de la dulzaina al son, que canta y llora,  
como si fuese el alma de esta tierra.....

Y me creí dichoso, y murmuré á su oído el himno de la esperanza, y prorrumpí apasionado:

Ya sólo de esa dicha hablar quisiera,  
y desde la primera  
lumbre que apunta del naciente día,  
hasta que muere el sol, en luz ahogado,  
llevándote á mi lado,  
rí á todos diciendo que eres mía!.....

Mas ay! desperté, presa de insólito pavor: como el poeta García, *hube besado temblando los labios de un fantasma!*

Pero había realizado un milagro de regeneración, ilusoria, en verdad, pero poética y dulce, el vivaz sentimiento juvenil que infunde á tu Poema calor de nidos y armonías de *la música de la sangre*. ¡Benditos sean los versos que convierten los corazones de piedra en corazones de carne, las almas opacas en luminosa! exclamaré con Zahonero. Por esto es que no dudó que tu Canto será bien recibido por los espíritus buenos. ¿Que es este el siglo del materialismo cínico, de la duda, del imperio de las nuevas ideas? ¿y qué? ¿Valdrán nunca lo inocente y lo santo menos que lo pernicioso y lo malo? Un corazón humano, una inteligencia normal ¿preferirán jamás los himnos caldeados al fuego del averno del aterrador Swinburne, á la Doncella Bienaventurada de Rossetti ó Mi

Poema de Crespo Toral? Serán menos codiciadas las humildes, pero dulces y saludables zarzamoras y fresas, que las manzanas, vistosas, sí, pero henchidas de ceniza, que fecundan las miasmáticas ondas del Asfáltico? En fin, ¿serán más dignos de estimación que el manojito de campanillas azules y tiernas sensitivas, con que hoy llegas á los altares del amor, los pintorreados nenúfares y lotos de oropel, con pólen de purpurina y perfumados con esencias de Pinaud y Piver, que, en fantástico búcaro, ostenta envanecida la neurótica musa del decadentismo? ¡No puede ser!

Ahora, ¿á qué hablar de glorias, de laureles? Tú no lo buscas, porque la recompensa que vas á obtener por tus versos es más grata, más duradera; es cuanto puede anhelar la musa del poeta y el corazón del hombre: una sonrisa de amor y gratitud de virgen gentil y adorable. Te doy, pues, mi fraternal, calurosa enhorabuena.

Voy á terminar, hablando de algo muy dulce para ti. ¡Cuán grande debe ser la fruición que experimente tu anciano, benemérito padre, al ver que sigue reproduciéndose su estro genial hasta en el último de sus huérfanos, el vástago más batido por la tempestad! ¡Qué gloria, para la gigantesca encina, sentir los halagos del alicio de las cumbres, ver que enredan á sus robustos brazos sus primaverales flores

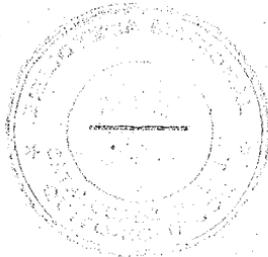
VIDA FUTURA

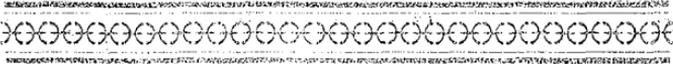
---

las lianas fecundadas por su amor, y que, asidas á élla, han logrado ascender á tan envidiable altura! ¡Qué justo orgullo debe ensanchar su espíritu, al pensar que, cuando, para castigo de la Patria, se hunda, como el sol, en el seno de la insondable noche, como él, dejará tras sí una estela de astros que continúen irradiando la luz de su gloria casi secular! Y, acaso, en aquella página de tu Poema ungida, con el óleo santo del recuerdo maternal, rodó una lágrima de los mustios ojos del padre en quien aún reverbera vivaz la chispa del genio—que luego elevarase al trono del Altísimo, á impetrar protección para la última flor de sus años.....

REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Cuenca, Noviembre 19 de 1908





## INTRODUCCION

---

**Q**UIZÁ este ensayo, que adolece de defectos insuperables aún á mis esfuerzos, no merece el nombre con que he querido darlo á luz; pues no corresponde en manera alguna su incipiente desarrollo al tema que me propuse. Ha resultado apenas un pálido esbozo de las vehementes aspiraciones de mi adolescencia: pero, como es, por decirlo así, la historia de la etapa más venturosa de mi vida al mismo tiempo que la manifestación más leal de los sentimientos que ha despertado en mí el amor á la naturaleza, quiero que tenga existencia propia, emancipado de mis actuales inclina-

ciones, que, si bien pudieran hacer en él algo de provecho, sería tal vez á costa de aquel sello de sencilla ingenuidad que se desprende de sus mismas incorrecciones.

Este poema es la flor de mi primera juventud. La primera flor de mi alma, que, espontáneamente, ha logrado salvar los dinteles de la forma, llevando á costas mi propósito de traducir, conforme á mis alcances, esa poesía íntima que alienta en nuestros campos, en nuestras dilatadas perspectivas, en nuestros valles, en nuestras sierras: hija de esa como atmósfera de paz, que circunda estas privilegiadas regiones. Lejos de los refinamientos de la civilización, la misma soledad agreste en que vivimos, tiene para nosotros no sé qué de grande, no sé qué de sublime, que hace temblar de emoción, cada vez que admiramos las salvajes manifestaciones de esta tierra, que, como celosa amante, ora se inquieta y agita en ardorosas convulsiones: ora derrocha todo el primor de sus juveniles galas.

Desde que abrí mis ojos á la luz de la razón, es decir, desde que tuve conciencia de lo que percibía por medio de los sentidos; aprendí á amar sinceramente la deleitable contemplación de las bellezas de esta gran naturaleza. Dueño ya de mí mismo, me separaba de los míos, para sumirme á solas en la reflexiva admiración de cuanto me rodeaba. ¡Cuántas veces, después de la entusiasta impresión que despertaban en

mí las azuladas lindes de las montañas que en la lejanía se esconden en el cielo; el frescor de la brisa, que, cargada de estivales perfumes, venía á refrescarme el rostro, en medio del calor de la siesta, ó en la tarde traía hasta la heredad, junto con el vespertino concierto de las aves del bosque, el ecó soñoliento de la distante flauta de los pastores que, á la última claridad del sol, á esa que dora las cimas de los cerros eminentes, traían sus rebaños al aprisco; cuántas veces, digo, quise echarme de pecho contra el suelo, para abrazar esta bendita tierra en donde ví la primera luz.

Así, encariñado con mis campos, la primera de mis obras, el primero de mis cantos, la primera de mis audacias en el Arte, quiero hacerla suya, consagrando, al mismo tiempo, en medio de estas estrofas, los ardientes ensueños y devaneos de los diez y ocho años.

Son, pues, mis trovas, en cuanto se refieren al pasado, hijas del amor á las bellezas de la patria, y en cuanto al futuro, de un presentimiento de felicidad, que me ahoga el corazón, cuando sueño con *ella*, cuando la adivino á mi lado, clareándome la vida con la casta luz de sus azules ojos. Será ella, para mí, como flor que, nacida en la ribera, se refleja en todas las olas que pasan; porque todos los días de mi existencia irán impregnados de su amor y de su belleza.

Vaya, pues, mi canto á la publicidad. Ah! si olieran al retamal en flor, al maizal de cosecha, al menudo tomillo de mis prados!

Ya no morirán las saudades de mi primera edad, sin que las haya consagrado una palabra de despedida. Aquí quedan mis últimos adioses á la adolescencia. Quizá de remotas playas ya no pueda volver los ojos hacia el querido albergue de mis juveniles años.....

GONZALO CORDERO DÁVILA.



A

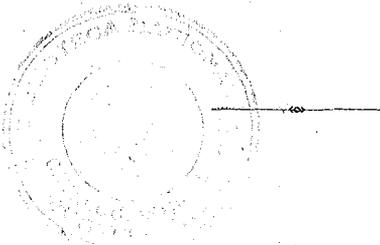
Elvira María

ESTA FLORE DE MIS DIEZ Y OCHO AÑOS.





## PRELUDIO



I

**Q**UIÉN me diera un momento, del pasado  
dejar todo olvidado;  
y allá, del porvenir á las dichasas  
cumbres tendiendo el vuelo,  
en la ignorada lumbre de otro cielo  
ir á empapar las alas generosas!

II

Y, rotas un instante las cadenas  
del corazón, las penas,  
con la ansia de sublime Prometeo,  
sobre las alas de la mente loca,  
desde el abismo de la obscura roca,  
arrancar á las cumbres del deseo.

III

Pues place á el alma que al amor despierta,  
huir de la desierta  
soledad de la vida, del estrago  
del mundanal empeño,  
para, á solas, fingir dichoso ensueño,  
de la casta pasión al blando halago.

## VIDA FUTURA

---

### IV

Y en medio á las desdichas del presente,  
es grato en el oriente  
adivinar la lumbre seductora,  
que ha de clarear los días venideros,  
y ya templada el arpa, á sus primeros  
rayos, con cantos saludar la aurora.

### V

Allá, tras la penumbra,  
como faro en lejana costa alumbra:  
¡es la luz de sus ojos. Mi camino  
muestra en las ondas de la mar bravía.  
Venturosa ilusión! ¿Será que un día  
me empuje hasta la costa mi destino?....

VI

En las olas se quiebra entre la espuma,  
ó atravesando por la espesa bruma  
me baña el rostro en claros resplandores.  
¡Sediento de esa lumbre placentera,  
en éxtasis de amor, cómo pudiera  
descansar en la playa, á sus albores!

VII

Que no existe quizá mayor ventura  
para el hombre, que anclar su mal segura  
nave en las aguas del ansiado puerto,  
y acogerse á la sombra de la amiga  
tierra, do, en dulce bienestar, se abriga  
de los riesgos del mar que cruzó incierto,

VIII

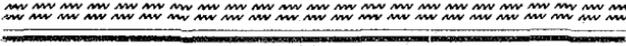
Sólo al soñar lo siento  
el último lamento,  
con que en mi pecho dan su despedida  
las penas, que se alejan cual brumosa  
nube que deja el valle presurosa  
por la luz de la aurora sorprendida.

IX

Mi vida iluminada por la pura  
luz de sus ojos, en la edad futura  
irá copiando el cielo en su corriente....  
Sí, tras la noche el resplandor me espera,  
¡una aurora de sol en primavera,  
las sombras rasgará sobre mi frente!

X

Por eso, cual ensaya su primera  
canción la dulce alondra mañanera,  
apenas de la sombra el denso velo  
disipan los albores del levante,  
así la lira de mi amor, te cante  
cuando naces recién, luz de mi cielo!



# SAUDADES

---

## XI

**M**I vida, cual torrente  
que hallara en su corriente  
insuperable atajo, hacia el pasado  
vuelve, rodando por un cauce estrecho;  
pues siento que no cabe ya en mi pecho,  
su tumultuoso oleaje desbordado.

XII

Esta alma se ilumina  
de nuevo, á la divina  
lumbre del sol de los primeros años.  
¡Cómo torno á vivir la edad aquella,  
cuya dichosa huella  
no han llegado á borrar los desengaños

XIII

De esos días de plácida ventura,  
rueda por mi alma la corriente pura,  
sin levantar el légamo del suelo;  
como rueda la linfa cristalina  
del campesino arroyo, que camina  
fingiendo notas y copiando el cielo.

XIV

¿Quién no ha guardado en el rincón más hondo  
tu perfume, niñez, ? . . . . ¿Quién en el fondo,  
para clarear las noches de la vida,  
no tiene un rayo de tu luz siquiera? . . . .  
Quedas, ¡oh santa, oh dulce primavera,  
en esencia del alma, convertida!

XV

Adentro de mi pecho adolescente,  
yo te siento existir; do está mi ardiente  
ambición de ventura, allí te escondes,  
y no es ficción de amante desvarío,  
aún cuando te llamo, ensueño mío,  
de la lejana linde me respondes.

XVI

Y en raudales de casta poesía  
empapas otra vez el alma mía,  
cuando á mi mente traes la adorada  
memoria de la granja en que sintiera  
la sed del canto, por la vez primera,  
entre la augusta soledad callada.

XVII

Ah! la heredad teatro de esa vida  
que en mi alma conmovida,  
vierte, al través del tiempo, su fragancia  
Aunque pesada losa lo ha encerrado,  
se levanta el cadáver del pasado,  
con los ensueños de oro de la infancia

XVIII

Es un rincón bendito,  
en que, librada el alma del finito  
escozor de la gloria, desde el suelo  
ávida llega, en busca de otra lumbre  
hasta la eterna cumbre,  
alzada en fácil vuelo.

XIX

Allí pasé los años, más queridos;  
allí están mis ensueños escondidos;  
jamás lo olvidaré; pues no se deja  
el recuerdo en las zarzas del camino;  
antes huele en el alma, como el vino,  
mientras más en el ánfora se añeja.

XX

Como si aún viviera en el cortijo,  
y junto con el hijo  
de los pobres, vagara alegremente  
por rastrojos, llanuras y sembrados,  
hasta tornar, cansados,  
al dulce hogar, á la hora de occidente,

XXI

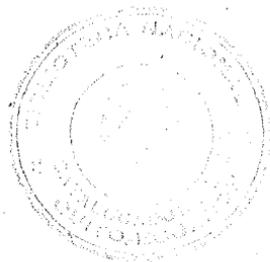
En la solemne tarde campesina  
se me extasía el alma y adivina  
y, como antes, comprende  
que hay algo más que la obra de natura  
en la muerte del día, y en la oscura  
sombra, que el manto de la noche tiende.

XXII

Si acallo los oídos,  
los ecos no extinguidos  
por el tiempo, resuenan en mi mente.  
Vuelvo á escuchar las quejas prolongadas  
que en el sendero daban las manadas,  
hacia el redil volviendo mansamente;

XXIII

Como en pasadas horas  
las notas seductoras  
del himno de la tarde, melodía  
de lánguido embeleso;  
y, ciego aún al luminoso beso,  
que da á la pampa el sol en su agonía,



XXIV

Aquí y alla los trémulos mugidos  
suenan, de los rendidos  
ganados, que, camino de la fuente,  
libres del yugo, van por la hondonada,  
y el boyero, en su flauta, una tonada  
suelta, que dura en mi alma largamente.

XXV

Arrullan en el bosque las palomas;  
de las cercanas lomas,  
bandada de turpiales la ribera  
viene á buscar, por el sauzal umbrío,  
que se ha agobiado hasta besar el río,  
que á la luz del ocaso reverbera.

XXVI

Se queman las montañas en la ardiente  
hoguera del poniente,  
el sol allí agoniza,  
inundando de pálidos fulgores  
el valle, á sus postreros resplandores;  
la noche por las sierras se desliza.

XXVII

Suena en los valles lenta la campana,  
que en la aldea lejana,  
convoca á la oración; de las colinas  
borra el perfil la sombra; en sus murmullos  
gime la fuente; entreabren sus capullos  
las solitarias flores vespertinas;

XXVIII

Y en la vivienda pobre del labriego,  
en medio del sosiego  
de la apacible tarde, como sube  
el humo del hogar del pardo techo,  
al cielo se alza la oración del pecho,  
que va á perderse arriba cual la nube.

XXIX

Y el crepúsculo nace en la agonía  
del moribundo día,  
cual sonrisa doliente  
con que, vencida al fin, el cielo entrega  
á la noche que llega,  
la lumbre que se apaga en el poniente.

XXX

Un sólo acorde elévase del fondo  
del valle, intenso y hondo;  
el viento en la encañada y la pendiente  
se deshace en lamentos no escuchados:  
otra vez sus gemidos desolados,  
como entonces me aduermen tristemente.

XXXI

Y la luz muere; el último horizonte  
muere también; ya ni el cercano monte  
se llega á adivinar en lontananza;  
apuntan en el cielo las estrellas,  
dejando en pos sus luminosas huellas;  
entre las sombras el cocuyo danza.

XXXII

La brisa en el cristal de la laguna,  
pliega el reflejo blanco de la luna,  
que, se alza allá tras el confín lejano,  
primero orlando en nieve las oscuras  
nubes, y luego en puras  
claridades bañando el negro llano.

XXXIII

Han quedado las tierras solitarias.  
Como eco de plegarias  
que se alzara del fondo de una huesa,  
de mil notas un himno misterioso  
levantan, desde el monte tenebroso,  
los insectos que abriga la maleza.

XXXIV

Ya ni una voz se escucha;  
sólo el oleaje entre las piedras lucha.  
El río, que en el cauce tromentoso  
se retuerce, en cada ola que levanta,  
con música salvaje, el himno canta  
del nocturnal reposo.

XXXV

Dócil esta alma á la impresión sentida,  
sálfa esos momentos de la vida,  
para entregarse, en blandos devaneos,  
del casto amor á la ideal quimera,  
que hace adorar, en la pasión primera,  
el culto de los cándidos deseos.

XXXVI

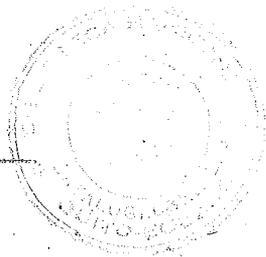
Y exenta aún del terrenal anhelo,  
libre vagaba por el amplio cielo  
de su inocente edad. ¡Esa mañana,  
cuán poco dura! Luego del poniente  
las sombras obscurecen nuestra frente;  
cierra la noche del dolor temprana!

XXXVII

¡Y cómo, tras de breve plazo, llega  
aquella hora fatal, en que se entrega  
el hombre, huyendo de la luz del día,  
al funesto rigor de las pasiones,  
que, en mengua de las santas ambiciones  
al fondo del abismo le desvía.!

XXXVIII

Cuando á esa edad llegué, ¡Madre bendita,  
á la hora en que el mortal se precipita  
tras el goce fugaz, Tú, á la querella  
que se alzó de mi pecho, diste oído,  
y, ajeno á los deleites del sentido  
por mi, bien me tornaste, al darme á ella!





## NOSTALGIAS

XL

**Q**UADA recuerdo tuyo la hõnda herida,  
por donde huyó la calma de mi vida,  
aumentaba; en mis horas de despecho,  
¡cuántas veces grité con ansia loca,  
sin que exhalar pudiera por la boca  
todo el ardiente fuego de mi pecho.

XLI

Pues nunca te olvidé, cuando distante  
de tí, las frías sombras anhelante  
aguardaba, y huyendo de la alegre  
campesina velada, discurría,  
extraviado al azar..... ¡Me consumía  
la fiebre de tu amor!..... ¡bendita fiebre!

XLLI

Y á veces desconfiado, otras seguro,  
cavilando en los días del futuro,  
á la luz de la luna pensativo,  
por la desierta margen de las olas  
vagúe, luchando á solas,  
con tu recuerdo palpitante y vivo.

XLIII

¡Ah! tu recuerdo, estela luminosa,  
en la mar tempestuosa  
de mi alma adolescente, semejaba  
faro puesto por Dios en la ribera,  
que en la borrasca fiera  
el rumbo de la dicha me mostraba.

XLIV

Me sentaba en las piedras del camino  
que conduce á tu hogar, y el desatino  
de mi pasión fingía  
én mi oído tu voz; en mi mirada  
tu faz, pero, ¡oh delirio! á mi llamada  
sólo el eco del monte respondía.

XLV

Por abrazarme á un árbol del lejano  
bosque, en que había escrito por mi mano  
tu nombre; por llegar al confidente,  
que en su corteza añosa,  
á la luz de la luna cariñosa,  
me mostraba tus cifras, indolente;

XLVI

Rastreaba de la selva el escabroso  
derrotero; á mi paso su medroso  
vuelo arrancaba el cárabo; el graznido  
de su sorda garganta, la maleza  
poblaba de alaridos de tristeza,  
¡salmódia amarga del fatal olvido!

XLVII

¡Y cómo, cuando el llanto me há nublado  
los ojos, al creerme abandonado  
á la ira de mis penas, acudía  
al Cristo de la ermita solitaria,  
á decirle gimiendo esta plegaria:  
Tú, que todo lo puedes, hazla mía!

XLVIII

Aún conservaba la sagrada estancia  
la mística fragancia  
de la pasada edad; aún olorosas,  
aunque ya sin colores,  
desde el fondo del búcaro, unas flores  
me hablaban de mi madre cariñosas.

XLIX

Era la misma ermita de otros días,  
Ya las plegarias mías,  
en otras ocasiones, el camino  
del cielo habían hallado,  
desde aquel apartado,  
santuario campesino.

L.

Allí fué donde, en tiempos no lejanos,  
me enseñara, juntándome las manos,  
mi madre las primeras oraciones;  
y allí en donde llorámos su querida  
memoria, en pos de eterna despedida,  
un grupo de inocentes corazones.

LI

¡Ay! con todo el dolor que en un gemido  
alcanza á desbordar un pecho herido,  
clamaba al Santo Cristo. ¡Padre amante  
Tú sabes cuánto la amo; si no es vuestra  
voluntad que sea mía, que tu diestra  
la arranque de la vida en este instante!

LII

Y con la audacia de febril anhelo,  
como creyendo indiferente al Cielo,  
á mis ardientes súplicas callado,  
alzábame de pronto, y en la yerta  
llaga, al costado del Señor abierta,  
posábase mi labio acongojado.

LIII

Un reflejo de luna en su pupila,  
entonces, semejaba una tranquila  
mirada de clemencia, que dejaba  
de esperanza otra vez mi pecho lleno.  
¡Qué de promesas le hice al Nazareno,  
si el corazón en cambio me curaba!

LIV

Me vuela el alma á una región soñada,  
cuando torno al futuro la mirada,  
desde las brumas de una edad doliente.  
¡Regados con mi llanto se han abierto  
los blancos azahares de mi huerto,  
que ceñirán tu candorosa frente!

---

---

# ANHELOS

---

---

LV

**P**or los cielos sin fin de la esperanza,  
infatigable avanza,  
mi alma, buscando los dichosos días  
en que, de azahar la frente coronada,  
y el alma, emocionada,  
des á oprimir tu mano entre las mías.

LVI

Ya te he soñado con el blanco velo  
cabe el altar.... Con virginal recelo,  
se entreabrieron tus labios; casto aroma  
exhalóse de aquel rojo capullo,  
y mormuraste el *sí* como un arrullo  
de tímida paloma.

LVII

¡Ah cuánto te amaré! ya se alimenta  
mi alma de dichas que el amor inventa,  
para aliviar sus horas desvalidas,  
y, á tu solo recuerdo, aquí en la mente,  
las penas mismas se alzan de repente,  
en dulces esperanzas convertidas!....

LXII

Ya no en la lucha del dolor sumido,  
en realidad entonces convertido  
el sueño de esta mente arrebatada,  
seré tu esclavo y tu señor, de suerte  
que sólo contra el rayo de la muerte  
será impotente mi pasión, amada.

LXIII

Ya sólo de esa dicha hablar quisiera,  
y desde la primera  
lumbre que apunta del naciente día,  
hasta que muere el sol, en luz ahogado,  
llevándote á mi lado  
ir á todos diciendo que eres mía!.....

VIDA FUTURA

---

LXIV

¡Cómo esa vida el alma me inundara  
de gozo! cómo hallara,  
en tanto afán, mi corazón amante,  
para latir en amoroso empeño,  
al abrigo dichoso de su dueño,  
más estrecha su cárcel cada instante!

LXV

Nunca he gozado yo desde la cuna,  
Amarga cual ninguna,  
mi vida ha trascendido, sin que pueda  
decir lo que es ni el maternal cariño,  
pues siempre, desde niño,  
el sendero en mi pos sangriento queda.

LXVI

Marcando con dolores mi existencia,  
de una en otra dolencia,  
he hecho mis jornadas: muy temprano  
partió la amante madre á la otra orilla;  
mi débil navecilla  
seguirla en vano quizo.

LXVII

Los ojos á su tumba, el alma al cielo,  
desde entonces volví. Cuando el recelo,  
en mis heladas noches solitarias,  
me poblaba la mente de visiones,  
en forma de vehementes oraciones  
hacia ella se elevaron mis plegarias.

LXVIII

Así, envidiando la ventura ajena,  
llegué al fin á ser hombre. La cadena  
con que me retenían los dolores  
cayó un día á mis plantas desprendida;  
vi que tenía mi prisión salida,  
¿y después? me encontré con tus amores.



LXIX

Desde ese día te adoré rendido,  
y, pues tú lo has querido,  
vas á hacerme feliz eternamente.  
¡No tengo más fortuna que la lira,  
más, como en ti se inspira,  
ella dará laureles á mi frente.

LXX

Antes de que me asalte en el camino  
la cruel fatalidad de mi destino,  
á marchitar en flor mis ilusiones,  
aquel lazo de amor, único anhelo  
de mi alma, úna hasta el cielo  
nuestros dos corazones.

LXXI

Ya sólo de esa dicha hablar quisiera,  
y desde la primera  
lumbre que apunta del naciente día,  
hasta que muere el sol, en luz ahogado,  
llevándote á mi lado,  
á todos diciendo que eres mía!



# VENTURAS

LXXII



SIENTO la paz de la campestre estancia,  
me embriaga en su fragancia  
el retamal en flor, como el tomillo,  
la mies que ondula al viento de la loma,  
¡cuál se me impregna el alma de ese aroma  
del campo dulce á mi sentir sencillo!

LXXIII

De pie sobre el peñón que el valle otea,  
creo mirar de nuevo, allá la aldea  
perdida entre los verdes matorrales;  
en el erial las greyes y pastores,  
y del ardiente sol á los fulgores,  
reluciendo en la pampa los trigales.

LXXIV

Acá, pardeando las desnudas cuestras  
del un confín, allá el de las enhiestas  
cimas del Ande, abrumador paisaje  
de pompa secular, y la llanura,  
siempre rompiendo de la selva oscura  
el eterno, monótono ropaje.

VIDA FUTURA

---

LXXV

En los cambiantes tonos del sembrado  
la vista se me abisma; aquí el cercado  
y entre el bardal irguiéndose el bohío,  
mientras rodando, en su prisión estrecho,  
entre el negro alizar, de trecho en trecho,  
su espumosa corriente muestra el río.

LXXVI

Las montañas azules; la campaña  
con su verde planicie, en que enmaraña  
el sendero su red, que, si del suelo  
se cansa, va á enroscarse por la cuesta,  
como una larga sierpe que se apresta  
para saltar al cielo.

LXXVII

¡Ah! los campos, las tierras escondidas,  
que albergan tantas vidas,  
como el inmenso azul del cielo puras;  
porque, si el vicio encona las cabañas,  
la nieve derritida en las montañas  
vuelve á llenar su corazón de alburas.

LXXVIII

Envueltos en su agreste poesía,  
notas de su armonía,  
son: el turpial que al cielo se levanta,  
salpicando en gorjeos la llanura,  
y en medio la espesura,  
la tórtola feliz que amores canta;

LXXIX

En el erial la flauta del boyero;  
en las breñas la endecha del cabrero;  
que en las agrias vertientes de la sierra  
pase la grey traviesa y triscadora,  
de la dulzaina al son, que canta y llora,  
como si fuera el alma de esta tierra:

LXXX

El solitario trino melodioso  
del gorrión, que, dichoso,  
se ensaya entre las hojas escondido  
del rosal campesino, que se enreda,  
en el nopal que linda la vereda,  
para prestar su abrigo al pobre nido.

LXXXI

Los sonantes y limpios manantiales,  
que, atraviesan cantando los marjales,  
como cintas de plata al sol tendidas,  
para luego morir en el baldío,  
que, caldeándose al fuego del estío,  
los cambia en germen de fecundas vidas.

LXXXII

Del recental la queja prolongada;  
el distante mugir de la vacada,  
el alegre relincho del caballo  
que piafa libre en medio á las praderas,  
y allá entre las cercanas sementeras,  
la vieja y triste música del gallo.

VIDA FUTURA

---

LXXXIII

¡ Ah! mis campos de esplendida belleza,  
Desplegó la gentil naturaleza  
en aqueste apartado,  
noble, fecundo suelo, generosa,  
por una vez, su fuerza poderosa,  
y en primavera eterna se ha quedado!



LXXXIV

El perfume del césped florecido,  
al del modesto tomillar unido;  
el sol ardiente; el límpido celaje,  
poblado de traviesas golondrinas,  
y del lago las aguas cristalinas  
plegándose en fantástico oleaje;

LXXXV

El olor penetrante, la frescura  
que trae el aura pura,  
de la lejana selva; el soñoliento  
rumor de la arboleda,  
y del torrente que del monte rueda  
la rauda espuma, el eco violento;

LXXXVI

La soledad doliente de la altura,  
de las dehesas la feráz verdura;  
el tibio ambiente; el horizonte abierto,  
y desde el Ande hasta el confín lejano,  
en cumbres y vertientes, sierra y llano,  
la angusta perspectiva del desierto;

## VIDA FUTURA

---

### LXXXVII

Todo á profunda reflexión convida  
y á bienestar, en esta tierra. Anida,  
huyendo de las pompas mundanales,  
aquí la paz, y el pecho se remoja,  
entre la honrada gente laboriosa,  
del trabajo en las justas festivas.

### LXXXVIII

¡Ah! cuándo serás mía, para que hundas,  
junto con esta, tu alma en las profundas  
y castas complacencias del sentido?  
En el campo es más diáfana la lumbre  
del sol, más blanca la nevada cumbre  
y más tierna la música del nido.

GONZALO CORDERO DÁVILA

---

LXXXIX

¿Cuándo vendrás conmigo á la alquería?  
En ese viejo alcázar algún día  
mis ojos te verán; de tus cabellos,  
como los campos de la espiga rubios,  
arrancará, con cándidos efluvios,  
la claridad del cielo más destellos.

LXL

Entonces, en la paz de la dichosa  
heredad, que entre añosa  
arboleda se esconde, en el paterno  
valle, hallaremos juntos la tranquila  
vida del campo, que feliz oscila  
de bienestar en un ambiente eterno.

## VIDA FUTURA

---

### XCI

Lleno en abril de purpurinas rosas  
está ahí mi huerto, en mieles olorosas  
se derriten al sol en los parrales  
los racimos; de rubias amapolas  
se borda el fértil suelo, de corolas  
constélanse los verdes matorrales.

### XCII

Crece la yedra en el tapial muzgoso;  
el jazmín oloroso,  
que trepara la cumbre del alero,  
te brindará sus flores perfumadas;  
y por tí á mis macetas olvidadas,  
las colmará de flores el tempero.

XCIII

Cuándo vendrás conmigo á la callada  
sóledad de mis campos, perturbada  
apenas por el eco de un vagido  
lejano ó por el tímido concierto,  
que entonan desde el huerto  
los polluelos que aún retiene el nido!

XCIV

De la montaña las azules cuevas  
llevan al cielo, en perennales fiestas  
cantan allí los claros manantiales,  
y la brisa olorosa  
meciendo las florestas, amorosa,  
pasa entre vagas notas ideales.

VIDA FUTURA

---

XCV

Y es todo bienestar, no la mudanza  
del mundo hasta allí llega, no se cansa  
el pecho en el ambiente campesino,  
y resplandece, al empaparse el alma  
en su sublime calma,  
como bañada en esplendor divino.

XCVI

Al alborear la plácida mañana,  
en plenitud lozana  
se despiertan los campos, embriagando  
con el perfume de las nuevas flores,  
nacidas de sus últimos amores  
con las nieblas que el día va esfumando.

XCVII

Allá suena la esquila,  
del rebaño, balando, allí desfila  
la tropa juguetona;  
con los humeantes lomos, por el prado,  
mugiendo sordamente, vâ el ganado  
que, á perezoso ritmo se abandona.

XCVIII

¿Cuándo vendrás conmigo á la alquería?  
En ese viejo alcázar algún día  
mis ojos te verán; de tus cabellos,  
como los campos de la espiga rubios,  
arrancará, con cándidos efluvios,  
la claridad del cielo más destellos.

XCIX

Allí que para nadie soy extraño,  
desde el pastor huraño,  
que ya no me recela,  
hasta el altivo mozo,  
que, no movido del sentir miedoso,  
de noche entre el maizal resuelto vela.



C

Todos me ven con ojos de cariño,  
pues todos me conocen desde niño.  
Ya el anciano que tiene á su cuidado  
los huertos, y que austero reprendía  
cuando en hurto infantil nos sorprendía,  
se descubre si paso por su lado.

CI

Y todos me respetan, en el valle  
no hay pecho que me calle  
sus penas, porque suelo hacerlas mías;  
y búscanme de todas las cabañas  
para hacerme subir á las montañas  
á gozar de sus pobres alegrías.

CII

En multitud curiosa,  
toda esa pobre gente cariñosa  
te cercará y al verte,  
ya de vuelta al hogar, por el sendero,  
en su idioma sincero,  
cuántos irán hablando de mi suerte.

## VIDA FUTURA

---

### CIII

A tu lado será la edad futura  
encarnación de ensueños de ventura;  
en la heredad umbrosa y escondida,  
para el alma, tranquilas y serenas,  
del dulce bienestar del campo llenas,  
se pasarán las horas de la vida.

### CIV

Se cumplirán entonces los deseos  
que tengo, de adormirme á los gorjeos  
de los turpiales de la pampa andina,  
reclinado en tu pecho blandamente,  
recibiendo en la frente,  
los halagos del aura campesina.....

GONZALO CORDERO DÁVILA

---

CV

Labradores del campo, labradores  
que acaso no ignorasteis mis amores,  
sabed que mi ventura está cercana:  
con mi dicha soñad, soñad con *ella*  
que á mis ojos será la flor más bella  
que en vuestras tierras se brira mañana!...



CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
QUITO

FECHA DE DEVOLUCION

860-1 866) Cordero 6784-'91  
C794 f Cordero Dávila, Gonzalo, 1887-1933  
Vida futura : poema

FECHA	LLEVADO POR

860-1 866) Cordero 6784-'91  
C794 f Cordero Dávila, Gonzalo, 1887-1933  
Vida futura : poema